

Febrero de 1798

## París

La lluvia azotaba la ventana, y más allá del patio el capitán de marina observó la insignia tricolor, enhiesta por el viento y luminosa contra la atmosfera gris que cubría París. Imaginó los efectos de la tormenta sobre las verdes aguas del Canal y en la costa inglesa del otro lado, desolada y empapada por la lluvia.

Tras él los dos secretarios se inclinaron sobre sus escritorios. El rumor de los papeles se aquietó respetuosamente. Un aire de expectación llenó la sala, aumentado por la puerta abierta. Finalmente, unos pasos apresurados resonaron en el pasillo, y los secretarios se inclinaron con mayor diligencia sobre sus tareas. El oficial de marina se volvió a medias desde la ventana, y luego siguió estudiando el cielo.

Los pasos resonaron con más fuerza, y en la habitación entró un joven bajo, delgado y pálido cuyo largo cabello caía por encima del cuello de una casaca de general demasiado grande. Iba acompañado de un húsar, de cuyo hombro izquierdo colgaba descuidadamente una ornamentada pelliza.

—¡Ah, Bourienne! —dijo el general bruscamente, con una voz que reflejaba la misma energía que sus pasos rápidos con los que había entrado—. ¿Tiene los despachos para los generales Dommartin y Cafarelli? Bien, bien. —Tomó los papeles y les echó un vistazo, asintiendo con satisfacción—. Ya ves, Androche —dijo

al húsar—, todo va bien, muy bien, y el proyecto de Inglaterra está muerto. —Se volvió a la ventana—. ¿A quién tenemos aquí, Bou-rienne?

—Éste es el capitán de fragata Santhonax, general Bonaparte.

—¡Ah!

Al oír su nombre, el oficial naval se volvió. Era mucho más alto que el general, con rasgos atractivos severamente desfigurados por una cicatriz reciente que se elevaba desde la comisura de sus labios hasta la mejilla izquierda. Se inclinó ligeramente y miró a los ojos escrutadores del general Bonaparte.

—De modo, capitán, que consiguió escapar de los ingleses, ¿eh?

—Sí, ciudadano general. Llegué a París hace tres semanas.

—Y ya se ha casado, ¿eh? —Santhonax asintió, consciente de que el corso lo sabía todo sobre él. El general continuó su paseo, con la cabeza baja mientras meditaba—. Acabo de volver de inspeccionar los puertos del Canal y los preparativos para la invasión de Inglaterra... —Se detuvo bruscamente frente a Santhonax—. ¿Cuál es su opinión sobre la viabilidad de esa empresa?

—Resultará imposible sin un control completo del Canal; cualquier intento sin la suficiente superioridad en la zona está condenado, ciudadano general. Las condiciones en el Canal pueden cambiar muy rápidamente; deberíamos sostener el control al menos durante una semana. Si la flota británica no puede ser vencida, debemos ahuyentarla con estratagemas o amenazas...

—¡Exacto! Eso es lo que he dicho al Directorio... Pero, ¿tenemos la capacidad de conseguir esa superioridad local?

—No, ciudadano general. —Santhonax bajó los ojos ante la penetrante mirada de Bonaparte. Mientras aquel joven se dedicaba a echar de Italia a los austríacos, él había trabajado para conseguir aquella superioridad, tratando de llevar a la flota holandesa a Brest. El intento había sido frustrado por los británicos en Camperdown cuatro meses atrás.

—¡Hum! —exclamó Bonaparte—. Entonces estamos de acuerdo en todo, capitán. Eso es excelente, excelente. La Armada inglesa tendrá que encontrar empleo en un lugar diferente, ¿eh,

Androche? —Se volvió al húsar—. Éste es Androche Junot, capitán, un viejo amigo de los Bonaparte. —Ambos hombres se inclinaron—. Pero la Armada inglesa terminará por acabar con la riqueza de Inglaterra. ¿Qué opina usted de los ingleses, capitán?

—Son enemigos implacables de la Revolución, general Bonaparte, y de Francia —suspiró Santhonax—. Poseen una gran tenacidad, y no debemos subestimarlos.

Bonaparte resopló con escepticismo.

—Pero usted logró huir de ellos, ¿no? ¿Cómo lo consiguió?

—Después de mi captura me llevaron a la cárcel de Maidstone. Al cabo de unas semanas, fui trasladado a los barcos penitenciarios de Portsmouth. Sin embargo, mi uniforme había quedado tan destrozado después de la batalla de Camperdown que conseguí que mis carceleros me facilitaran una casaca de civil. Cuando el carruaje en el que me trasladaban cambió de caballos en un lugar llamado Guildford, conseguí escapar.

—¿Y?

—Me metí por un callejón y luego entré en la primera taberna, donde ocupé una mesa en un rincón. Hablo inglés sin acento, ciudadano general —dijo Santhonax encogiéndose de hombros.

—¿Y esto? —Bonaparte señaló su propia mejilla.

—Los soldados buscaban a un hombre vendado. Me quité la venda y me senté en un rincón oscuro. No me descubrieron. —Hizo una pausa y continuó—. Estoy acostumbrado a los subterfugios.

—Sí, sí, capitán. Conozco sus servicios a la República, y tiene usted reputación de ser intrépido y audaz. El almirante Bruix habla muy bien de usted, y como en este momento no es usted una persona muy grata al Directorio... —Bonaparte hizo una pausa mientras Santhonax se sonrojaba ante aquella alusión a su fracaso—, lo ha recomendado para esta misión especial. —El general volvió a detenerse frente a Santhonax y lo miró directamente—. Tengo entendido que le han destinado a una fragata, ¿verdad, capitán?

—La fragata *Antigone*, ciudadano general, que ahora se prepara en Rochefort para un viaje largo. También me llevaré las corbetas

*La Torride* y *Annette*. Se me ha ordenado asumir el mando como comodoro después de recibir las órdenes finales.

—Bien, muy bien. —Bonaparte extendió la mano hacia Bou-rienne y el secretario le entregó un paquete sellado—. Los británicos tienen una pequeña escuadra en el Mar Rojo. No deberían preocuparle. Como le han dicho, la Armada bajo mi mando se dirige a Egipto. Cuando mis veteranos lleguen a las costas del Mar Rojo, espero que usted nos habrá asegurado suficiente transporte, barcos locales, por supuesto, y un puerto de embarque para una división, que trasladará usted a la India, capitán Santhonax. ¿Conoce bien esas aguas?

—Serví con Suffren, ciudadano general. De modo que hostigaremos a los británicos en la India. —Los ojos de Santhonax brillaban con un nuevo entusiasmo.

—Usted sólo transportará a la avanzadilla. Me consumo aquí en París, capitán. En la India encontraremos el imperio legado por Alejandro. Allí nos espera la grandeza. —No era el discurso de un fanático. Santhonax había oído suficientes discursos durante la Revolución. Pero el entusiasmo de Bonaparte era contagioso. Tras la derrota de Camperdown y su captura, había parecido que la ambición de Santhonax se había agotado. Pero con sólo unas palabras, aquel curso diminuto y dinámico había arrinconado el pasado, como la propia Revolución. Nuevas visiones de gloria se abrían a su imaginación ante aquel hombre para quien todo era posible.

Súbitamente Bonaparte tendió a Santhonax el paquete sellado. Junot se inclinó para susurrarle al oído.

—¡Ah! Sí, Androche me recuerda que su esposa es una celebrada belleza. Bien, bien. El matrimonio es lo que une a un hombre a su país, y la belleza es la inspiración de la ambición, ¿eh? Traiga usted a Madame Santhonax a la Rue Victoire esta noche, capitán, mi esposa celebra una *soirée*. Mañana partirá hacia Rochefort. Eso es todo, capitán.

Cuando Santhonax salió de la habitación, el general Bonaparte ya estaba dictando a sus secretarios.

## Capítulo 1

Febrero-junio de 1798

### La escolta del convoy

Una niebla baja cubría el valle del Meon, adonde aún no había llegado el pálido sol invernal. Bajo las ramas goteantes de los manzanos, el teniente Nathaniel Drinkwater paseaba lentamente arriba y abajo, estremeciéndose ligeramente en el aire helado. No había dormido bien; había despertado de un sueño lleno de rostros inquietantes con los que, una vez en casa, no quería volver a tener nada que ver. El silencio nocturno de la casita le resultaba todavía extraño, incluso después de dos meses de permiso y lejos de los crujidos del casco del *Kestrel*. Se había levantado temprano para evitar que su inquietud despertara a su esposa, dormida a su lado. Mientras recorría el camino del pequeño jardín, el frío hizo que le doliera la herida del hombro, provocando que su mente regresara al punto en el que la pesadilla lo había arrancado al reposo.

Fue Edouard Santhonax quien le infligió la herida y el hombre con quien había soñado. Pero al recobrar la conciencia recordó que Santhonax estaba a buen recaudo. Respecto a su amante, la encantadora Hortense Montholon, se encontraba en Francia mendigando para comer, ¡que el diablo se la lleve! Sintió que el sol perforaba la niebla, calentándole la espalda y ahuyentando por fin las pesadillas de la noche. Las tormentas recientes habían remitido, dando paso a mañanas gélidas de brillante sol. El chasquido de

una puerta le recordó que se encontraba en circunstancias más felices.

El cabello oscuro rodeaba el rostro de Elizabeth, y sus ojos castaños estaban llenos de preocupación.

—¿Te encuentras bien, querido? —le preguntó suavemente, poniéndole una mano en el brazo—. ¿No has oído que han llamado a la puerta de la calle?

—Me encuentro muy bien, Bess. ¿Quién era?

—El señor Jackson, de la oficina de correos, ha enviado al joven Will desde Petersfield con cartas para ti. Están sobre la mesa.

—Tendré que dar las gracias al señor Jackson. —Drinkwater se movió para entrar en la casa, pero ella lo detuvo.

—Nathaniel, ¿qué es lo que te inquieta? —Y luego, en voz más baja—: ¿No te habré decepcionado?

La abrazó y la besó, y luego ambos entraron a leer las cartas. Abrió primero la que llevaba el sello del Almirantazgo: «Señor, se le ordena que al recibir estas instrucciones se dirija...» Lo nombraban primer oficial del bergantín corbeta *Hellebore* al mando del comandante Griffiths. En silencio entregó la carta a Elizabeth, que se mordió el labio inferior mientras la leía. Drinkwater tomó la segunda carta, reconociendo la letra, temblorosa pero aún valiente y fluida.

*Mi querido Nathaniel:*

*Sin duda habrá recibido ya las instrucciones de Sus Señorías para enrolarse en el bergantín bajo mi mando. Es un barco nuevo, fondeado en Deptford. No se apresure. Yo ya estoy a bordo y haré sus guardias; bastará con que se incorpore a final de mes. Nuestra tripulación ha aumentado, ya que pude reclutar a todos los hombres del Kestrel. Zarparemos en misión de convoy. Salude a su esposa de mi parte,*

*Su seguro servidor, etc.*

*Madoc Griffiths*

*P.D. Ayer tuve noticias de que el señor Santhonax escapó de la cárcel y que lleva un mes en libertad.*

Drinkwater quedó estupefacto, y la opresión de la noche re-

gresó a su rostro. Elizabeth lo observaba, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tan pronto, querido...

Él le sonrió tristemente.

—Madoc me ha dado un poco más de permiso. —Le tendió la segunda carta.

—Querido Madoc —dijo ella, secándose los ojos.

—Sí, está haciendo mis guardias. No tiene ningún otro sitio adonde ir. —Le rodeó la cintura con un brazo y volvieron a besarse.

—Vamos, tenemos tiempo de completar la compra de la casa de Petersfield, y la cocinera debería llegar a finales de semana. Serás una auténtica *grande dame*.

—¿Te llevarás a Tregembo?

—Dudo de que pudiera retenerlo —rió él.

Quedaron en silencio. Elizabeth pensaba en los meses de soledad que la esperaban, y Drinkwater, deslealmente, en su nuevo bergantín.

—*Hellebore* —dijo en voz alta—. ¿No es un nombre de flor, o algo así? ¿Elizabeth? ¿De qué diablos te ríes?

El teniente Richard White tenía la guardia de mañana a bordo del *Victory*. Con la insignia del conde de Saint Vincent al viento, el gran barco de tres cubiertas avanzaba rumbo al noroeste, con el resto de la escuadra en línea por delante y detrás de él. Al este, el rompeolas y el faro de Cádiz se recortaban débilmente bajo el sol, pero el catalejo de White apuntaba hacia delante, donde un cúter había izado la señal de vela a la vista hacia el norte.

Un pequeño guardiamarina se le acercó corriendo.

—Parece el convoy, señor.

—Gracias, señor Lee. Tenga la amabilidad de informar a milord y al capitán.

El señor Lee tenía diez años, y había conseguido ganarse el afecto del teniente White por ser el único oficial a bordo del *Victory* más bajo que él mismo. De modo instintivo, White pasó la

vista por la cubierta, comprobando que todos los cabos estuvieran en su sitio, todos los hombres en sus puestos y todas las velas perfectamente tensadas antes de que el ojo de águila de Saint Vincent cayera sobre ellas.

—Buenos días, milord —dijo White, abandonando el lado de barlovento de la cubierta y descubriéndose cuando el almirante ascendió a la toldilla para observar mejor a los recién llegados.

—Buenos días —repuso el almirante con aquella cortesía impecable que hacía que sus reproches fueran aún más terribles.

El capitán Grey y sir Robert Calder, capitán de la flota, también acudieron a cubierta, seguidos por el segundo de a bordo del *Victory* y otros oficiales, pues cualquier barco procedente de Inglaterra traía noticias; cartas y chismes con los que aliviar el tedio del bloqueo.

El convoy era ya visible; seis barcos mercantes escoltados por un bergantín de cuyo calcés brotó una serie de señales. El señor Lee repitió los números al oído de White, tras lo cual hizo una pausa mientras consultaba las listas.

—El bergantín *Hellebore*, señor, al mando del comandante Griffiths.

—Gracias, señor Lee. El bergantín *Hellebore* y el capitán Griffiths, milord, con el convoy.

—Gracias, señor White. Tenga la bondad de pedirle que envíe un bote con un oficial.

—A la orden, milord. —Se volvió hacia Lee, que ya estaba dibujando la señal en su pizarrín y gritando los números de las señales a un marinero.

White, que había dado al comandante su título de cortesía al dirigirse al puntilloso Saint Vincent, se preguntaba dónde había oído aquel nombre antes. No pasó mucho rato antes de que tuviera la respuesta.

Cuando el bote del bergantín se enganchó a las cadenas del *Victory*, reconoció enseguida a la figura que apareció en el puerto de entrada.

—¡Nathaniel! Mi querido amigo, de modo que sigues con Griffiths, ¿eh? ¡Cómo me alegro de verte! ¡Y te han ascendido! —White

señaló el botón dorado en el puño del teniente, mientras lo sacudía vigorosamente para darle la bienvenida—. Que me cuelguen, estoy encantado, encantado, pero ven, Saint Vincent no permitirá que nos quedemos charlando.

Drinkwater siguió a su viejo amigo llenó de aprensión. Habían pasado muchos años desde que pisara por última vez la cubierta de un barco como aquél, y la ordenada precisión del *Victory* se combinó con su tamaño para hacer que el *Venerable* del almirante Duncan le pareciera mucho más pequeño, viejo y destartado. Drinkwater se descubrió e hizo una inclinación breve, y esperaba que elegante, cuando White le presentó al conde. Se vio sometido a un intenso escrutinio por parte de unos ojos viejos y astutos que brillaban en un rostro capaz de pasar en un momento de la aprobación al reproche. Lord Saint Vincent estudió al hombre que tenía frente a él. La mirada inteligente de Drinkwater se encontró con la del almirante. Tenía treinta y cuatro años, era delgado y de estatura media. Su rostro estaba curtido y arrugado en torno a los ojos grises y los labios, con la delgada línea de una antigua cicatriz descendiendo por la mejilla izquierda. Había algunas quemaduras de pólvora azuladas en torno a los ojos, como manchas de tinta. El cabello de Drinkwater, al descubierto una vez se hubo quitado el sombrero, era todavía de un intenso color castaño, recogido en una larga coleta en la nuca. No era un oficial de barco insignia, decidió el almirante, pero sí uno muy válido, a juzgar por su boca, llena y expresiva, y por la firmeza de su mirada. Aquella boca le recordaba a la de Nelson, pensó Saint Vincent con cierto afecto, y Nelson había sido un auténtico problema hasta que pudo izar su propia insignia.

—¿Está usted casado? —preguntó bruscamente Saint Vincent.

—Hum, sí, milord —replicó Drinkwater, algo abochornado.

—Una lástima, señor mío, una lástima. Un oficial casado suele perderse para el servicio. Venga, vamos a mi camarote y discutiremos la disposición de su convoy. Sir Robert, un segundo de su tiempo...

Tras haberse ocupado de los asuntos de la flota, Drinkwater tuvo unos minutos para intercambiar noticias con White mientras

el *Victory* izaba la gavia del mastelero y llamaba al bote del *Hellebore*.

—¿Cómo está Elizabeth, mi querido amigo?

—Está muy bien, Richard, y me hubiera pedido que te diera recuerdos suyos de haber sabido que nos encontraríamos.

—¿Cuándo te ascendieron, Nat?

—Después de Camperdown.

—Ah, de modo que estuviste allí. ¡Maldita sea! Todavía puedes presumir de haber estado en una batalla más que yo —sonrió—. ¿Hay más gente del *Kestrel* en tu bergantín, aparte de Griffiths?

—Sí. Recordarás a Tregembo, y al viejo Appleby...

—¿Qué? ¿El viejo parlanchín de Harry Appleby? Que me cuelguen. Parece un barco bonito, Nat —dijo, asintiendo hacia el bergantín.

—Está bastante bien, pero tú sigues teniendo ventajas —replicó Drinkwater, señalando con un gesto de la mano al *Victory* y a los importantes personajes de su cubierta y aludiendo al rápido ascenso de White en comparación con el suyo—. Trabajar en un convoy no es exactamente la mejor manera de llegar a capitán.

—No, Nat, pero me apuesto algo a que os han enviado al Mediterráneo, ¿no? —Drinkwater asintió y White siguió hablando—. Allí es donde está Nelson, frente a Tolón, Nat, y donde esté Nelson está la acción y la gloria. —Los ojos de White centelleaban—. Saint Vincent lo envió de vuelta al Mediterráneo después de que lo evacuáramos el año pasado, y hace un mes reforzó a Nelson con la escuadra de Troubridge. Los echó a todos de la boca del puerto antes de que los refuerzos de Curtis hubieran alcanzado a la flota. Y los malditos “dons” españoles ni siquiera se enteraron de que habían cambiado a toda la escuadra. ¿Qué te parece, eh? No —palmeó el brazo de Drinkwater con aire condescendiente—, el Mediterráneo es el lugar apropiado, Nat. Seguro que hay acción con Nelson.

—Sólo estamos escoltando a un convoy con un bergantín, Richard —dijo Drinkwater, restándole importancia.

White se echó a reír y le tendió la mano.

—¡Que la fortuna te sonría, Nat, pues todos somos sus rehenes!

Se estrecharon las manos y Drinkwater descendió hasta el bote, donde el señor Quilhampton, dos años mayor que el señor Lee, pero con una pequeña parte de la experiencia de éste, impresionado por la masa del *Victory* cerniéndose sobre su pequeño cúter, experimentó ciertas dificultades para separar el bote del costado del barco de guerra.

—Tranquilo ahora, señor Q. Adelante, timón arriba y después baje los remos. Es la única forma, ¿comprende? —dijo Drinkwater pacientemente, volviéndose a mirar hacia el *Victory*. Sus gavias ya estaban hinchadas por el viento, y la sonrisa de White era claramente visible. Drinkwater miró hacia delante, al frágil y diminuto *Hellebore*. El cúter se elevó por encima de las olas largas y bajas del Atlántico, y el mar danzaba azul y dorado bajo el sol mientras el suave viento del oeste hacia ondear su superficie. Notó el calor en los músculos de su brazo derecho.

—El *Hecuba* y el *Molly* nos acompañarán al Mediterráneo, hasta donde está Nelson, frente a Tolón. Hemos de ponernos en marcha lo antes posible. —Drinkwater observó a Griffiths, que se apoyaba pesadamente en la barandilla, contemplando la elegante línea formada al este por la flota británica.

—*Prydfertb, bach*, muy hermoso —murmuró. Drinkwater miró a popa, hacia el convoy, cuyas gavias se agitaban desordenadamente mientras esperaban para conocer su destino. Había botes avanzando hacia el bergantín—. He llamado a los capitanes —explicó Griffiths.

—¿Cómo está hoy su pierna, señor? —preguntó Drinkwater mientras esperaban la llegada de los botes. El anciano y canoso galés contempló con disgusto su extremidad, extendida muy tiesa sobre una cureña delante de él.

—Ah, que el diablo se la lleve, es una maldita carga. Y ahora Appleby me dice que tengo gota. Y antes de que saque el tema de la botella —se apresuró a continuar con severidad burlona—,

quiero que sepa que sin ella esto sería intolerable, ¿comprende?

Ambos sonrieron; su relación presentaba un marcado contraste con la formalidad del alcázar del *Victory*. Habían navegado juntos durante seis años, primero en el cúter de doce cañones *Kestrel*, y su intimidad se basaba en una amistad respetada por ambos y en el distanciamiento profesional. Griffiths era un hombre enfermo, sujeto a episodios recurrentes de malaria, cuyo mando le había sido concedido en reconocimiento a los servicios prestados a la inteligencia británica. Sin el *Hellebore*, Griffiths se hubiera consumido en tierra, un solterón solitario y amargado en algún alojamiento anónimo. Había solicitado a Drinkwater como su segundo en parte por gratitud, y en parte por amistad. Y si Griffiths trataba de proteger su propia carrera a base de delegar en Drinkwater con total confianza, podía consolarse con la idea de que también prestaba un servicio al joven.

—Olvida usted, señor Drinkwater, que si no me hubiera roto la pierna el año pasado, usted no hubiera podido estar al mando del *Kestrel* en Camperdown.

Drinkwater asintió, pero la conversación se vio interrumpida por la llegada de los capitanes de los mercantes.

A estribor, las montañas pardas del Atlas brillaban rojizas a la luz del ocaso. A babor, las colinas del sur de España descendían hasta el promontorio bajo de Tarifa. Muy por delante de su alargada sombra, el Mediterráneo se abría ante el bauprés del bergantín. Desde su cubierta, la luz horizontal ponía de relieve todos los detalles de su diseño; las líneas tensas del cordaje, los rebordes de los motones, la lona enrojecida y el brillo artificial de su decoración. A popa, en ambas cuadras, los seguían las siluetas oscuras del *Hecuba* y el *Molly*. Drinkwater interrumpió su paseo cuando el flaco guardiamarina se cruzó en su camino.

—¿Sí, señor Q? —Hacía tiempo que los oficiales del bergantín *Hellebore* habían dejado de trabucarse tratando de pronunciar el nombre de Quilhampton. Era un nombre demasiado grandioso para un animal tan insignificante como aquel voluntario. Una vez

más, Drinkwater experimentó el curioso recuerdo de Elizabeth que le provocaba el muchacho, pues había sido él quien le consiguió la plaza a petición de su esposa. La señora Quilhampton era una hermosa viuda que ayudaba ocasionalmente a Elizabeth en su escuela, y Drinkwater se había sentido halagado y divertido de que alguien lo considerara una persona con la suficiente influencia para pedirle un favor como aquél. Y el parecido con sus propios comienzos en la vida naval le despertaba una simpatía natural. Había accedido con muy pocas reticencias, y se había visto recompensado con un abrazo bastante desvergonzado de la madre del chico. En aquel momento, la actitud deseosa de complacer del muchacho lo irritaba por su poder de despertarle recuerdos.

—Bien —espetó—, vamos, vamos, ¿qué demonios quiere?

—Perdone, señor, pero el señor Appleby le presenta sus respetos y quiere saber adónde vamos, señor.

—¿No lo sabe, señor Q? —dijo Drinkwater ablandándose.

—N... no, señor.

—Vamos, vamos, ¿qué ve a estribor?

—¿A estribor, señor? Pues tierra, señor.

—¿Y a babor?

—Eso también es tierra, señor.

—Sí, señor Q. A estribor está África, a babor Europa. ¿Y qué supone usted que hay entremedias? ¿Qué le enseñó sobre esto la señora Drinkwater, eh?

—¿Es el M... Mediterráneo, señor?

—Así es, señor Q —replicó Drinkwater con una sonrisa—. ¿Y sabe usted quién está al mando en el Mediterráneo?

—Señor, eso sí lo sé. Sir Horacio Nelson, señor —dijo el muchacho con firmeza.

—Muy bien, señor Q. Ahora diríjase directamente al cirujano, infórmele de estos hechos y dígame que el conde Saint Vincent nos ha ordenado llevar el contenido de los dos barcos de popa al vicealmirante Nelson frente a Tolón.

—A la orden, señor.

—Y, señor Q...

—¿Señor?

—Pida también al señor Appleby que tenga una jarra de ron lista para mí cuando baje al sonar las ocho campanadas.

Drinkwater observó cómo el emocionado Quilhampton corría hacia abajo. Igual que el guardiamarina, sentía curiosidad por Nelson, un personaje conocido por todos los muchachos de Inglaterra desde su osada maniobra frente al cabo de San Vicente. Y había corrido más riesgos causados por hombres importantes del Almirantazgo que por el propio enemigo. Drinkwater sabía que muchos opinaban que Nelson sería fusilado por desobediencia en cuestión de poco tiempo, igual que otros se quejaban de que no era un buen marinero. Ciertamente, no poseía las habilidades de un Pellew o un Keats, y aunque gozaba de la confianza de Saint Vincent, se había visto involucrado en el fiasco de Santa Cruz. Drinkwater pensó que tal vez era un hombre parecido al inquieto Smith, con quien había servido brevemente en el Canal, un hombre de fuerte carisma cuyas deficiencias podían olvidarse gracias a ese mismo carisma. Pero, concluyó, dijera lo que dijera White sobre el tema, aquello no cambiaba el hecho de que el *Hellebore* no era más que un bergantín, incapaz de intervenir en misiones mucho más difíciles que la que desempeñaban en aquel momento.